

XXXI

Monceaux

Durante este tiempo, Gastón se dirigía á Monceaux.

Según el duque le había dicho, encontró dentro del carruaje una careta y un dominó; la careta era de terciopelo negro, y el dominó de raso color de violeta: se cubrió el rostro con la primera, y se vistió el segundo; mas luego recordó que no llevaba armas.

En efecto, al salir de la Bastilla había ido á la calle del Bac, y entonces no se atrevió á volver á su antiguo alojamiento, es decir, al figón de *Los Toneles de Amor*, por temor de ser conocido y preso. No osaba tampoco hacer levantar á un armero, por miedo también de no despertar sospechas comprando un puñal.

Creyó que estando en Monceaux le sería fácil el procurarse un arma cualquiera.

Pero á medida que se aproximaba, lo que más falta le hacía no era el arma, sino el valor. Entonces se verificaba en su interior un combate terrible:

el orgullo y la humanidad luchaban frente á frente, y necesitaba de cuando en cuando recordar á sus amigos presos, sentenciados y amenazados de una muerte cruel é infamante, para que volviendo con ardor á su primera resolución, continuase su camino.

Así, cuando el carruaje entró en los patios de Monceaux, y se detuvo ante aquel pabellón iluminado, á pesar del frío glacial que hacía, á pesar de la nieve que cubría las empolvadas lilas, tan tristes y despojadas en invierno, y tan bellas y perfumadas en la primavera, Gastón sintió un sudor frío que atravesaba su careta, y murmuró estas dos palabras: « ¡ Al fin ! »

Sin embargo, el carruaje se había parado, la portezuela acababa de abrirse; era pues preciso apearse. Además reconocieron el coche particular del príncipe, el carruaje del cual se servía para sus correrías secretas, y cada uno había acudido silencioso y dispuesto á obedecer á la primera orden.

Gastón no observó aquellas muestras de deferencia. Bajó con firme continente, aunque en su vista sintió una especie de desvanecimiento, y presentó su carta.

Mas los lacayos abrieron respetuosamente sus filas como para dar á entender que semejante formalidad de entregar el billete era en él bien inútil.

En aquella época estaba muy en uso el disfrazarse todas las personas de ambos sexos, sucediendo todo lo contrario que hoy, pues entonces

eran más bien las mujeres las que asistían á esa clase de reuniones con el rostro descubierto. Ciertamente, las damas no sólo tenían costumbre de hablar con libertad, sino que también lo hacían perfectamente. La máscara no servía para ocultar su insuficiencia; en el siglo xviii todas las mujeres tenían talento. También era inútil para encubrir la inferioridad del rango: en el mismo siglo, cuando una mujer era linda, se veía bien pronto titulada: un ejemplo tenemos de ello en la duquesa de Chateauroux y la condesa Dubarry.

Gastón no conocía á nadie, y sin embargo, instintivamente comprendía que se hallaba en medio de la flor de la sociedad de aquella época. Efectivamente, en ella se veían los Noailles, los Brancas, los Broglie, los Saint-Simon, los Nocé, los Canilhac y los Biron; con respeto á las damas, aunque había alguna mezcla en las clases, no por eso dejaban de poseer menos talento, ni eran menos elegantes; á excepción de algunos célebres nombres que pululaban en torno de Madama del Maine y de la de Maintenón, toda la aristocracia se agrupaba al rededor del príncipe más bravo y más popular de la familia real. Únicamente faltaban á aquella representación del gran siglo pasado los bastardos de Luis XIV y un rey.

Á la verdad, nadie absolutamente, y sus mismos enemigos le hacían esta justicia; nadie, repetimos, sabía ordenar una función como el regente. Aquel

lujo de buen gusto, aquella admirable profusión de flores que embalsamaban los salones, los millares de luces que multiplicaban los espejos, los príncipes, los embajadores, las mujeres adorablemente bellas, graciosas y festivas que se revolvían y empujaban, todo aquello producía su efecto sobre el joven provinciano, que de lejos no había visto en el regente más que á un hombre cualquiera, y después le vió de cerca como rey, pero rey poderoso, de talento, alegre, amable, amado, y sobre todo popular y nacional.

Gastón percibió que el perfume de todo aquel lujo le subía á la cabeza y le embriagaba. Multitud de ojos que como el carbunco brillaban bajo la careta parecían atravesarle á la manera de ensangrentados puñales. Su corazón se llenaba de sobresaltos, cuando al buscar al través de todas aquellas cabezas á la que sus golpes iban destinados, distinguía un dominó negro. Anhelante y fatigado, dejándose balancear como una barca sin timón ni remos en medio de las tempestuosas olas que se agitaban en torno suyo, inclinándose y levantándose hajo aquellas ráfagas de poesía alegre ó sombría que le envolvían, pasaba, en el corto espacio de un segundo, del paraíso al infierno.

Sin la máscara que cubría su rostro y ocultaba á la vista de todos la alteración de su fisonomía, no hubiera podido dar un paso al través de aquellos salones, sin que señalándole con el dedo no

hubiesen exclamado : « ¡ He allí un asesino ! »

Además, tampoco ignoraba Gastón que era cobarde y vergonzoso el ir al palacio de un príncipe que le cobijaba bajo su techo, con el objeto de trocar sus brillantes arañas y vistosos candelabros en fúnebres blandones, para manchar de sangre aquellas ricas alfombras, para evocar el terror en medio del alegre y confuso ruido del festín : á semejante idea su valor le abandonó, y dió algunos pasos con dirección á una de las puertas.

— Le quitaré la vida fuera de aquí, dijo.

Entonces recordó la indicación que le había hecho el duque : aquella carta que debía franquearle la entrada del solitario invernadero, y murmuró :

— ¡ Oh ! ¡ él había previsto que yo tendría miedo de la gente, comprendiendo por lo tanto que era un cobarde !

La puerta hacia la cual se había dirigido conducía á una especie de galería, en donde se hallaban preparadas las mesas que ostentaban ricas viandas y exquisitos vinos. Muchos convidados se acercaban á ella á comer ó á beber.

Gastón se aproximó como uno de tantos, no porque tuviese apetito ni sed, sino, según ya hemos manifestado, porque no llevaba arma ninguna.

Eligió un largo y afilado cuchillo, y después de haber lanzado una rápida ojeada á su alrededor

para observar si alguien le miraba, lo guardó debajo de su dominó con lúgubre sonrisa.

— ¡ Un cuchillo ! balbuceó ; ¡ un cuchillo ! vamos, la semejanza con Ravallac será completa. ¡ Es verdad que él es nieto de Enrique IV !

Apenas acababa de formular interiormente este pensamiento, cuando al volverse percibió que se le acercaba una máscara vestida con un dominó de terciopelo azul. Á cierta distancia venía una pareja también enmascarada. Observando entonces el del dominó azul que le seguían, dió dos pasos hacia aquellas máscaras, dijo algunas palabras en voz baja al hombre con un tono tal de autoridad que le obligó á bajar la cabeza respetuosamente, y en seguida se dirigió de nuevo á Gastón.

— ¿ Vaciláis ? dijo al caballero con una voz muy conocida.

Gastón entreabrió su dominó y mostró al duque con una mano el cuchillo que brillaba en la otra.

— Sí, ya veo que el cuchillo brilla, pero también observo que la mano tiembla.

— En efecto, sí, monseñor, es cierto ; vacilaba, temblaba, me disponía á huir. Pero, vos estáis aquí, á Dios gracias.

— ¡ Bueno ! ¿ y ese valor feroz ? dijo el duque con su acento burlón.

— No lo he perdido, monseñor.

— Bien ; ¿ qué habéis hecho con el regente ?

— Nada, monseñor ; ¡ considerad que estoy en su palacio !

— Si ; mas ¿ no vais al invernadero ?

— Señor duque, podriais mostrármelo antes con el objeto de que me acostumbre á verle, para que me exalte el odio que le tengo ; pues no sé cómo llegar hasta él en medio de tanta confusión y multitud de gente.

— En este momento se hallaba á vuestro lado. Gastón se estremeció.

— ¡ Á mi lado ! exclamó el joven.

— Tan cerca de vos, como yo estoy ahora, repuso el duque solemnemente.

— Iré al invernadero, monseñor, iré.

— Pues á ello. .

— Un momento más, señor duque, dejad que me entere.

— Bien ; ya sabéis, el invernadero se encuentra allí, al extremo de aquella galería ; las puertas están cerradas.

— ¿ No me habéis dicho, monseñor, que enseñando esta carta los lacayos las abrirían ?

— Si, pero mejor es que lo verifiquéis vos mismo ; los criados que os introdujesen podrían aguardar á que salieseis. Si estáis agitado de ese modo antes de dar el golpe, ¿ qué será después ? Además el regente no caerá tal vez sin defenderse, sin arrojar un grito ; acudirán, os prenderán, y

entonces, adiós esperanzas, adiós porvenir. Pensad sobre todo en Elena, que os aguarda.

Es imposible expresar lo que pasaba en el interior de Gastón durante las palabras del duque, cuyo efecto parecía éste seguir en el semblante y en el corazón del joven, sin perder ni un movimiento del uno, ni el más pequeño latido del otro.

— Y bien, preguntó Gastón con voz apagada, ¿ qué debo hacer ? aconsejadme.

— Cuando lleguéis á la puerta del invernadero, la que da frente á esta galería, volviendo á la izquierda, ¿ comprendéis ?.....

— Perfectamente.

— Buscad por bajo de la cerradura, y encontraréis un botón cincelado ; empujadlo, y la puerta se abrirá por sí sola, á no ser que esté cerrada por dentro ; pero el regente, que nada sospecha, no habrá tomado semejante precaución ; yo he entrado así más de veinte veces que me ha dado audiencia. Si no está cuando entréis, esperadle ; si por el contrario se encuentra allí, le reconoceréis por su dominó negro y por la abeja de oro.

— Si, sí, ya sé, monseñor, dijo Gastón maquinalmente.

— No cuento mucho con vos esta noche, repuso el duque.

— ¡ Ah ! monseñor, es que se acerca el instante, y que en menos de un minuto va á trocarse toda mi vida pasada en un porvenir sumamente dudoso,

de vergüenza tal vez, y de remordimientos por lo menos.

— ¡De remordimientos! replicó el duque; cuando se ejecuta una acción que se cree justa y que ordena la conciencia, no se tienen remordimientos. ¿Dudáis acaso de la santidad de vuestra causa?

— No, monseñor; pero á vos os es fácil hablar así. Vos, señor duque, vos no tenéis más que la idea, yo la pongo en ejecución; sois, por último, tan sólo la cabeza, y yo el brazo. Creedme, monseñor, añadió Gastón con voz sombría y ahogado acento, ¡es una cosa muy terrible el matar á un hombre que se nos entrega indefenso, y que sonríe á su asesino. Mirad, yo me creía valeroso y fuerte, pues así debe ser todo conspirador que toma sobre sí el cargo que yo he aceptado. En un momento de efervescencia, de fiereza, de entusiasmo y de odio, se pronuncia el fatal juramento; no existe entre el matador y su víctima el espacio de tiempo que debe haber. Después de prestado el juramento, la fiebre se calma, mengua la efervescencia, se apaga el entusiasmo y el odio disminuye. Se ve aparecer en lontananza al que uno va á buscar y que viene hacia nosotros: cada momento que pasa se nos acerca un poco más, y entonces uno se estremece, porque solamente entonces se comprende el crimen que uno se ha impuesto la obligación de cometer. Y sin embargo, el tiempo inexorable vuela, y cada

hora que sienta se ve á la víctima que da un paso, hasta que por fin el intervalo que media, desaparece, y nos encontramos frente á frente con ella. En semejantes momentos, no lo dudéis, monseñor, tiemblan los más valientes; porque un asesinato ya comprendéis que nunca admite disculpa. Entonces conocemos claramente que no somos ministros de la conciencia, sino esclavos de nuestro juramento. Al partir marcha uno con la frente erguida, diciendo: « Soy el elegido; » al llegar se presenta con la frente humillada, exclamando: « ¡La maldición ha caído sobre mí! »

— Todavía es tiempo, caballero, dijo vivamente el duque.

— No, no, monseñor, no ignoráis que existe una fatalidad que me empuja con violencia hacia adelante. Llenaré mi tarea por terrible que sea; mi corazón se estremecerá, pero mi mano permanecerá firme. Sí, os lo aseguro; si la vida de mis amigos no estuviese pendiente del golpe que voy á dar, si no se atravesara Elena, á quien cubro de luto, cuando no de sangre, ¡oh! preferiría el cadalso con su horrible aparato y espantosa vergüenza; porque el cadalso no castiga, sino que absuelve.

— Vamos, bien, bien, dijo el duque; veo que temblaréis, pero que obraréis.

— Es indudable, monseñor; rogad por mí, porque dentro de media hora todo habrá concluido.

El duque hizo un movimiento involuntario, mani-

festando sin embargo su aprobación, y perdióse entre la multitud.

Gastón vió un balcón entreabierto que daba salida á una azotea. Penetró por él, paseándose algunos instantes para calmar por medio del frío la fiebre que recorría sus arterias, haciéndole refluir toda la sangre á la cabeza, de tal modo que casi llegaba á cegarle. Pero la llama interior que le consumía era demasiado viva, y continuó devorándole. Entonces entró en la galería, dió algunos pasos por ella, se adelantó hacia el invernadero, después retrocedió, en seguida se acercó á la puerta, y puso la mano sobre el cincelado botón; pero le pareció que muchas personas reunidas á alguna distancia le observaban, á consecuencia de lo cual se volvió á su balcón, al tiempo que el reloj de una iglesia inmediata dejaba oír doce sonoras campanadas.

— ¡ Ha llegado el momento ! murmuró; ya no es tiempo de retroceder. ¡ Dios mío ! os recomiendo mi alma. ¡ Adiós, Elena, adiós !

En seguida con paso lento, pero firme, entró en el invernadero, se aproximó á la puerta, empujó el botón, y se abrió silenciosamente. Una nube pasó por delante de sus ojos: creyóse transportado á un nuevo mundo. La música no llegaba hasta él más que como una lejana melodía llena de encantos: á los artificiales perfumes de las esencias había sucedido la suave fragancia de las flores; á la deslumbrante claridad de mil bujías, el delicioso crepúsculo de

algunas lámparas de alabastro; además, al través del voluptuoso follaje de las plantas tropicales, se divisaban á lo lejos, más allá de las vidrieras del invernadero, los árboles tristes y despojados, y la nieve cubriendo en lontananza la tierra parecida á una extensa sábana.

Todo había cambiado, hasta la temperatura. Entonces Gastón percibió que se había apoderado de sus miembros cierta frialdad. Atribuyó esta repentina impresión á la grande altura que ostentaban los magníficos naranjos en flor, las hermosas magnolias con sus discos aterciopelados, los arcos reales y los álces semejantes á las lanzas, mientras que las anchas hojas de las acuáticas dormitaban en los estanques de agua tan límpida, que parecía ennegrecer á todo cuanto no alcanzaban los reflejos de una suave luz.

Gastón empezó á dar algunos pasos al través de la espesura, mas de pronto se quedó inmóvil. El contraste que formaba este verdor con aquellos dorados salones, le había consternado. Creía más difícil todavía el amalgamar sus ideas de muerte con aquella dulzura de una naturaleza encantadora, aunque artificial. La húmeda arena cedía bajo sus pies, blanda como una mullida alfombra, y los diversos surtidores de agua que se elevaban lanzándose con impetuosa rapidez hasta la copa de los árboles más elevados, dejaban oír su monótona y lastimera armonía.

Sin embargo, volvió de nuevo á continuar su marcha, siguiendo una especie de avenida que daba mil vueltas y revueltas sobre sí misma, á semejanza de un camino trazado en medio de un parque inglés. Gastón no veía más que de un modo confuso, porque sus turbados ojos temían ver. Su mirada escrutadora se dirigía á los arbustos, creyendo verlos revestidos de humanas formas. Á veces una hoja que, desprendiéndose de la rama, caía dando vueltas, le hacía volver la vista en dirección á la puerta, sobrecogido de un vago terror, imaginándose que entraba por ella la majestuosa y negra figura que en su ilusión verificaba la fatal visita.

Á pesar de todo seguía adelante.

Por último, bajo un catalpa de anchas hojas, circuido por doquier de odoríferas flores, mezcladas con los arbustos entre los cuales esparcían sus fragantes perfumes, divisó realmente la negra fantasma sentada sobre un banco de césped vuelto de espaldas al sitio por donde se aproximaba Gastón.

Al momento su sangre, después de haberle refluído al corazón subió á sus mejillas y se agolpó al rededor de sus sienes: sus labios temblaron, su mano se impregnó de un sudor frío, y buscó maquinalmente un apoyo que no encontró.

El individuo del dominó seguía inmóvil.

Gastón retrocedió á pesar suyo. Su mano izquierda abandonó el mango de su cuchillo, que continuó apretando con el codo. De repente hizo un esfuerzo desesperado, obligando á sus rebeldes piernas á continuar su camino, como si se les opusiera algún obstáculo. Sus crispados dedos volvieron á asir el mango del cuchillo, y dió algunos pasos hacia el regente, ahogando un gemido dispuesto á escapársele.

En aquel instante la figura hizo un ligero movimiento, y sobre su brazo vió el joven, no relucir sino chispear la abeja de oro, que le pareció un foco luminoso, un sol de llamas.

Después, á medida que el del dominó se volvía hacia Gastón, los brazos del joven se entorpecían, sus labios se llenaban de espuma, su dientes se chocaban entre sí, y una vaga sospecha comenzó á oprimirle el corazón. De improviso lanzó un grito desgarrador. El dominó se había levantado: la careta no cubría su rostro, y este era el del duque de Olivares.

Gastón, como herido de un rayo, se quedó lívido y mudo. ¡El regente! no cabía la menor duda; el duque y el regente eran una misma persona: el príncipe guardaba su actitud majestuosa: observaba atentamente la mano que sujetaba el puñal, el cual se deslizó de ella de repente. En seguida miró á Gastón con una sonrisa dulce y triste á la vez, y éste confundido cayó desplomado sobre sus rodillas

como un árbol cortado por el hacha del leñador.

Ninguno de los dos había hablado. No se oía más que el sordo ronquido del pecho de Gastón, y el murmullo uniforme y monótono del agua que junto á ellos se deslizaba mansamente.

## XXXII

## El perdón

— Levantaos, caballero, dijo el regente.

— ¡ No, monseñor ! exclamó Gastón golpeando la tierra con su frente ; ¡ oh ! no, ¡ debo morir á vuestros pies !

— ¡ Morir, Gastón ! ¡ bien veis que estáis perdonado !

— ¡ Por favor, castigadme ; pues mucho es preciso que me despreciéis para perdonarme !

— Pero ¿ no habéis adivinado ?..... repuso el duque.

— ¿ El qué ?...

— ¿ El motivo por el cual os perdono ?

Gastón permaneció un momento pensativo ; repasó toda su vida ; su triste y abandonada juventud, la muerte desesperada de su hermano, su amor á Elena, aquellos largos días separados de ella, aquellas noches tan cortas pasadas debajo de la ventana del convento, el viaje á París, la bondad excesiva del duque por la joven, en fin, aquella